

Seminario Taller Latinoamericano
2ª Encuentro Nacional de Educadores Populares
Educación Popular y Movimientos Sociales en el actual
contexto de Latinoamérica y el Caribe
Mendoza, Argentina 22 y 23 de mayo 2008

Movimientos sociales, Educación Popular y acción política hoy

Mario Garcés D.
Programa MERCOSUR Social y Solidario

Quisiera hablar desde perspectivas aparentemente diferentes, pero que en mi caso son parte de mi vida profesional y un poco militante. Quisiera hablar desde la historia, la teoría social y también, por cierto, desde mi experiencia como educador popular.

Evidentemente el tiempo es mínimo con relación a los problemas que debemos abordar y que son, a estas alturas, enormes. Por lo tanto prácticamente haré enunciados, todos, por cierto, discutibles y casi más bien, como una invitación al diálogo y al debate

1.- La cuestión de los movimientos sociales

Con relación a los movimientos sociales, me parece que el problema central es que estos ya no son lo que creíamos que debían ser. Muchos de nosotros nos formamos en una idea relativamente sencilla de los movimientos sociales. Estos eran las “clases populares”, pero particularmente, la clase obrera, la clase trabajadora, como sujeto histórico, como sujeto revolucionario por excelencia.

La clase se definía o por su posición en la estructura productiva -la versión más de catecismo- o porque encarnaba contradicciones fundamentales en el modo de producción capitalista. La clase, en esta última versión formaba parte de una teoría del conflicto, de la lucha, del cambio, consustancial a toda historia social.

No puedo reproducir toda la construcción teórica que se organizaba en torno a estos principios, no sólo orientadores para la acción sino que capaces de constituir algo así como una hermenéutica histórica, es decir una teoría interpretativa de la historia.

Lo concreto, sobre lo que me interesa avanzar, es que la propia historia, caminó por senderos que no imaginábamos o que no se correspondían con una mirada simplificadora de la teoría del conflicto y de las clases. Para decirlo rápido, en los años sesenta, la revolución chilena no fue, la revolución argentina no fue y la revolución uruguaya no fue. Y tal vez, de lo único que no puede acusar a nuestras vanguardias es que no estudiaran marxismo y no conocieran a Marx o especialmente a Lenin. Tal vez, si se les puede enrostrar, particularmente a las vanguardias chilenas, es que no conocían suficiente la historia del pueblo chileno, pero si eran portadores de sobredosis de teoría revolucionaria. (vivíamos, como una vez nos enrostró Allende, con un libro debajo del brazo)

Vinieron las dictaduras y en medio de ellas, no sólo los movimientos sociales históricos fueron objeto de una brutal represión, sino que en medio del terrorismo de estado, emergieron los denominados “nuevos movimientos sociales”. Estas son las cuestiones impredecibles de la historia. Surgieron las Madres, las agrupaciones juveniles, se fortaleció el movimiento de mujeres, el cristianismo popular, los ecologistas, los movimientos barriales o de pobladores, como decimos en Chile, etc. Y qué decir de los movimientos étnicos, o de nuestros pueblos originarios, que hoy día derriban presidentes y eligen nuevos, incluso, desde sus propias filas como Evo Morales.

Sin embargo, no podemos hacer cuentas felices, estos nuevos movimientos no podemos conceptualizarlos o entenderlos del mismo modo que entendíamos a los movimientos tradicionales. Se parecen, pero no son lo mismo. Son más diversos, hablan otras lenguas, no siempre están dispuestos a las alianzas, muchos de ellos rechazan la dirección de los partidos políticos (menos aun de las vanguardias, que son rechazadas por iluministas, sino autoritarias). Van y vienen, en ciclos de movilización más cortos o más largos; sus estructuras organizativas no son siempre piramidales, sino dispersas, no siempre cuentan con coordinaciones permanentes; se entienden y desentienden con el Estado. En una palabra, la realidad en movimiento se nos hace compleja, sino ininteligible. Estamos, desde el punto de vista social, en la torre de Babel, o si Uds., prefieren del “poder en movimiento”.

2.- la cuestión de la política y los movimientos sociales

Las coordenadas de la política tampoco se han mantenido estables o fácilmente comprensibles para nosotros y para la mayoría de nuestros pueblos. Para una misma generación, estoy pensando en mi generación de jóvenes sesentistas, la política ha cambiado a los menos tres veces de coordenadas; primero fueron las coordenadas de la revolución; luego las de la resistencia a la dictadura; y luego, las de la democracia. Y por cierto, más de una vez estas coordenadas se superpusieron una sobre otras.

Algunos datos de coyuntura, muy próximo por cierto. Una reciente encuesta en Chile, indica que el nivel de popularidad de los partidos políticos ha caído al 6%, la más baja de todos los actores e instituciones consultadas. Mientras que la más alta popularidad la alcanza, con sobre un 50%, la policía, los carabineros de Chile. La popularidad de la política se haya en decadencia en varios países de América Latina, incluso más, en algunos casos, estoy pensando en Bolivia, cuando creció la presión de los movimientos sociales muchos partidos, simplemente desaparecieron de la escena. Son preocupantes algunos de estos datos, pero otros son también aleccionadores. Depende cómo se les lea.

Por ejemplo, en un artículo reciente, Manuel Castells, especialista en la globalización, ha sostenido que el fracaso de AL para integrarse a la globalización, entre otros datos planeta la crisis de los estados nacional. O más precisamente que por la forma en que se ha verificado el ingreso a la globalización, los estados han dejado de ser estados nacionales, en el sentido que ya no pueden dar cuenta de la nación.

No puedo abundar sobre los cambios el Estado, las crisis de representación, la fragilidad de las nociones de ciudadanía, los límites de la democracia (ya lo hizo en el PNUD, el 2004), etc. Lo que me parece que podemos poner en discusión es problema sólo novedoso por lo viejo, el problema del lugar del Estado en los procesos de emancipación y junto con ello, las nociones de la política que debieran animar nuestros proyectos de cambio.

Con el Estado, tenemos al menos dos problemas históricos: a) El Estado es, en sentido estricto, un aparato de dominio (por ello, todas las doctrinas del cambio ya en el siglo XIX, se proponían la destrucción o la desaparición del Estado); b) El Estado nacional, en AL, es una construcción de las elites que se impuso a las sociedades, con diversos resultados. En unos casos, el estado impuesto, fue rechazado, ignorado o soportado por las comunidades locales (el caso de Bolivia es expresivo a este respecto); en otros casos, el Estado se abrió a formas populistas, redistributivas y parcialmente democráticas de estado nacional, con logros evidentes (Argentina) y límites manifiestos (Brasil), c) La crisis del capitalismo mundial de mediados de los 70 y las respuestas a los proyectos emancipatorios latinoamericanos modificaron el modelo de desarrollo y la configuración de los estados, bajo formas neoliberales; d) los movimientos sociales de hoy retoman la posta de los movimientos tradicionales buscando democratizar el Estado, pero bajo nuevas condiciones

3.- La política popular hoy

Si esta visión esquemática que he propuesto, es válida, hay un problema adicional que no he mencionado y este es el siguiente, ¿Por qué debe importar o por qué ha importado tanto a los movimientos sociales la cuestión del estado? En el principio, habría que decir porque se pensaban dos cosas: a) que el estado actúa como representa del interés de la clase dominante que era presentado a la sociedad como el interés general y en consecuencia si una clase aspiraba a cambiar la sociedad debía tomar el estado para desde allí representar su interés como interés general de la sociedad; b) segundo, porque se pensaba –y muchos piensan aún- que en el Estado se concentran las principales cuestiones relativas al poder en la sociedad, en consecuencia democratizar el estado es algún modo, democratizar el poder en la sociedad (la democracia representativa es el corolario de este principio).

La primera es la versión marxista clásica (se la puede ver ya en la Ideología Alemana), la segunda es la versión liberal del Estado. Entonces, la pregunta es si debemos hacernos parte de una de estas dos visiones o, si desde nuestra experiencia emergen otras visones acerca del Estado y la política.. Y si desde la teoría socia, contamos con nuevas miradas acerca del poder, el Estado y la política.

Me parece que hay al menos dos conceptos, dos realidades, que ha sido revisadas y enriquecidas en los últimos años y lasque la educación popular no puede escapar. Por una parte, los debates relativos al poder, luego del redescubrimiento de Antonio Gramsci y las aportaciones de Michel Foucault, y por otra parte, los debates relativos a la cultura popular y el lenguaje como constructor de realidad o dicho de modo, la cuestión de la “construcción social de la realidad”.

Tanto en Foucault como en Gramsci, lo que se nos ha planteado es que el poder no es un lugar, un objeto ni siquiera la ”parte más visible del estado”. El poder debe ser

visto, básicamente como una “relación social”, diremos histórica y socialmente construida. En consecuencia, si el poder es una relación social, estamos constituidos por el poder material y socialmente o, para parafrasear a Negri, estamos inmersos en relaciones de biopoder.

Por cierto, tendríamos que hacer largos debates en esta dirección, pero la cuestión clave es que si el poder está construido social y culturalmente podemos deconstruirlo o más que eso, imaginar y trabajar por generar poderes alternativos o contrapoder. Lo que es claro, es que no podemos pensar procesos educativos que soslayen la cuestión el poder que está ya instalado en la propia relación educativa.

Con relación a la cultura y el lenguaje, me parece que nos sitúa frente a otra zona clave. Ya no sólo del poder sino de la identidad y lo que antiguamente llamábamos la conciencia. El problema ya no es el tránsito de la clase en sí a la clase para sí, el paso del espontaneísmo al de la conciencia histórica, sino la mirada crítica a los modos en que se construyen lingüísticamente los proyectos e identidades individuales y colectivos. En este campo, los educadores populares tenemos vasta experiencia, ya que trabajamos con el lenguaje como representación social de la realidad, la cuestión sería reconocer los “núcleos de buen sentido” como diría Gramsci que emergen en esas representaciones, es decir, necesitamos trabajar lingüísticamente las claves emancipatorias que animan a nuestros pueblos.

Nuestro problema hoy, probablemente no es doctrinal, es creativo, es participar, como me dijo Valeria Rezende el año pasado, en algo así como en una nueva “acumulación originaria” de imaginación y saber sobre la emancipación.

4.- La educación popular, ayer y hoy

Creo que he avanzado en algunas reflexiones sobre la Educación Popular, y el tiempo apremia, de tal modo que sólo señalaré esquemáticamente algunos enunciados:

- a) Necesitamos entendernos en la “torre de babel” de los nuevos movimientos sociales, valorando sus especificidades y aportes a los procesos emancipatorios.
- b) Hacer de los procesos educativos procesos que interroguen las relaciones de poder en las que nos encontramos inmerso y que buscamos cambiar, potenciar o modificar.
- c) Reconocer que el lenguaje es constitutivo de lo que llamamos realidad y en consecuencia es un campo que requiere permanente problematización, como nos aconsejaba Paulo Freire.
- d) Transitar hacia nuevas nociones de la política que superen los paradigmas marxista y liberales clásicos u ortodoxos.
- e) Dialogar con las Ciencias Sociales, con la teoría social superando basismo de antaño o límites del pasado.